

*"Rasgos De La
Naturaleza Divina*

-

*Todo Lo Que Es De Dios
Debe Tener Su Misma
Naturaleza
Orgánica-Corporativa"*

© 2018 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: octubre 2018

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-011018-031

“Rasgos De La Naturaleza Divina

-

Todo Lo Que Es De Dios Debe Tener Su Misma Naturaleza Orgánica-Corporativa.”

Dios en Su Oikonomia divina quiso tener un cuerpo al cual eternizó (puesto que Él ya era Eterno). Proféticamente se dijo de Cristo: *“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo”* (Hebreos 10:5). Desde antes de la fundación del mundo, Dios ya había decidido tener un cuerpo en el cual se pudiera manifestar, y permanecer eternamente. Eso fue el deseo de Dios, es una pregunta no cuestionable, a Dios le plugo habitar en un cuerpo.

En el tiempo designado, el Verbo (Dios en calidad de Hijo) vino a habitar en un cuerpo humano. Dios habitó en el cuerpo de Jesús, un cuerpo en debilidad, que ni siquiera fue tan glorioso como el

S

E

M

A

N

A

-

1

-

de Adán, como dice Hebreos 2:14 “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo...”. El Señor adquirió un cuerpo de bajeza pero nunca pecó. Él nació como hombre, creció, llegó al tiempo de su ministerio, luego fue a la cruz, murió, y luego resucitó y ascendió con un cuerpo glorificado. El cuerpo físico de Jesús se eternizó, de modo que hasta el día de hoy, a la diestra del Padre en los Cielos está sentado un Dios-hombre.

Ahora bien, leamos con sumo cuidado el siguiente pensamiento: “Jesús (el Dios hecho carne), aunque vino a ser perfecto luego de la resurrección, quedó con un faltante”. Algo puede ser perfecto, pero puede tener faltantes. Por ejemplo, “si yo compro un vehículo nuevo, y mientras lo tengo estacionado fuera de casa le roban las llantas, puedo decir que el carro está perfecto pero le faltan las llantas”. A este concepto me refiero cuando digo que el que está sentado a la diestra del Padre tiene un faltante. ¿Cuál es ese faltante que tiene el Cristo glorificado? Ser orgánico-corporativo, pero esto lo logra por medio de la iglesia la cual es su cuerpo.

Como bien nos dice la Biblia, Dios es Triuno, es una unidad compuesta; explicar éstas cosas en palabras es sumamente difícil, pero aunque no lo entendamos en su totalidad, es una realidad que Dios es plural, y no singular. En nuestra gramática hay palabras que las podemos escribir en singular, pero encierran un significado plural, por ejemplo: “equipo”, nadie piensa en un “equipo” de una persona, sino pensamos que es algo conformado por dos o más personas. Similarmente es cuando hablamos de Dios, Él es Elohim, que significa: “Dioses”, es una palabra plural. La primera vez que la Biblia nos menciona a Dios en *Génesis 1:1* usa este sustantivo plural “Elohim”, pues, Él es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Todo lo que comparte la naturaleza divina debe ser plural, así como Dios es plural. Cuando Dios hizo al hombre, lo hizo en plural, el primer hombre fue Adán y Eva, ellos eran dos, pero a la vez eran uno porque Eva estaba en forma de costilla en Adán. Ahora en el Nuevo Pacto, Dios hizo un nuevo Adán, y también lo hizo plural al darle como Cuerpo a la Iglesia. Cada vez que en una Iglesia hay divisiones, y no buscamos la unidad, nos

metemos a serios problemas con Dios, pues, estamos atentando contra Su naturaleza.

Dios vino a este mundo en carne, en un cuerpo individual, a fin de ser parte de la humanidad. Dios no se encarnó en un cuerpo sin pecado como el de Adán, sino que el Verbo se encarnó en un cuerpo humano caído para participar de la humanidad caída. Luego, como bien sabemos, Él hizo la voluntad del Padre, murió en la cruz por todos nosotros, resucitó, y luego ascendió al Trono del Padre en condición de un hombre glorificado, sólo que subió siendo “un individuo”, luego al estar allá entro una vez mas a esa dimensión orgánica plural que tuvo con el padre, así soluciono eso, pero para con los que creyeran en Él, envió al Espíritu Santo a los pocos días de su ascensión para tomarnos en Sí mismo, y así hacernos iguales a Dios, un ser plural, orgánico.

Hace algunos años yo prediqué un tema en el que dije que la Vida del Señor Jesús en la tierra no terminó con Su ascensión, sino que siguió en el relato del libro de los Hechos. En realidad el que descendió en el Aposento Alto fue el Espíritu Santo, pero a la vez era el Señor

mismo. Dice 2 Corintios 3:17 *“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”*. En pentecostés el Señor Jesús volvió a venir a esta tierra para hacerse plural, a través del Espíritu vivificante. El Nuevo Testamento dice que el Señor dejó de ser pleno como individuo, que Él ahora es la “cabeza” del Cuerpo. La Iglesia, conformada por todos los santos es el Cuerpo de Cristo, de modo que Él sólo es pleno con nosotros. Acerca de esto dijo el apóstol Pablo: *“...y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*. (Efesios 1:22–23). La Iglesia es la plenitud de Cristo, es Su complemento aquí en la tierra. Él tenía que hacerse un Dios múltiple, tenía que tomarnos a nosotros para hacernos Su Cuerpo, Su expresión y manifestación acá en la tierra.

Tras lo expuesto anteriormente, ¿Podemos sopesar cuán importantes somos para Dios los creyentes que conformamos Su Cuerpo a través de una Iglesia Local? Y es más, debemos tener claro que todo esto tiene expresión únicamente cuando nos reunimos como Iglesia. ¡Oh!, Cuán importante es que nos

reunamos en el Nombre del Señor como un
Cuerpo.

Jesús Viene En Carne.

Una de las cosas que ha afectado grandemente a la Iglesia, es querer ver a Dios manifestándose de la manera que lo hizo en el Antiguo Pacto. Muchas de las enseñanzas, y no se diga de las alabanzas que cantamos, están cargadas de un contenido antiguo testamentario. Deberíamos revisar nuestra doctrina y nuestros cantos, pues, estas cosas nos inducen a esperar a que Dios se nos manifieste como lo hizo con Israel, sin embargo, Él no lo hará más de esa manera porque ya no está tratando con una nación, sino con un Cuerpo que es Su Iglesia. En el Antiguo Pacto Dios se manifestó de muchas maneras, aunque el único que logró ver las espaldas de Dios fue Moisés (*Éxodo 33*), y a causa de haber visto tal gloria de Dios, su rostro se volvió resplandeciente de modo que usaba un velo cuando le hablaba a los hijos de Israel. En aquel tiempo Dios se manifestó de maneras sobre naturales, con milagros portentosos, Él iba adelante del ejército de Israel, peleaba

S

E

M

A

N

A

—

2

—

las batallas por ellos, partió el mar para abrirle camino a Israel, etc. Entonces, muchos creyentes que no entienden que ese pacto quedó obsoleto, están esperando que Dios siga manifestándose de la misma manera, pero no se dan cuenta que Él ya no se expresa así en el Nuevo Pacto. Ya no estamos en la era de Israel, estamos en la era de la Iglesia. Para empezar el mismo Cristo no nació en los palacios de los Reyes de Israel, sino en un pesebre, siendo hijo de gente común y corriente, por lo tanto, Él mismo fue un niño común y corriente. Lo único milagroso que pasó el día que el Señor nació fue que el cielo se les abrió a unos pastores que cuidaban ovejas, y vieron a miles de ángeles que alababan a Dios porque Él se había envuelto en carne. Fuera de ese evento no hubieron cosas extraordinarias que hayan rodeado a Cristo, sino hasta después de treinta años cuando llegó el tiempo de Su ministerio. No esperemos en el Nuevo Pacto que Dios se manifieste a la manera del Antiguo Pacto.

En el Nuevo Pacto Dios se manifestó al mundo encarnándose en un hombre, el cual nació, creció, cumplió la voluntad del Padre, murió en la cruz, resucitó y luego ascendió a los

cielos. El Cristo de Belén no vino manifestándose con poderes milagrosos, fue un niño común y corriente, y hasta la edad de treinta años no hizo nada sobre natural, simplemente se dedicó a ser un carpintero. El Señor Jesús en sus tres años y medio de ministerio, fue un hombre normal; acerca de esto el apóstol Juan dijo: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad...”* (Juan 1:14). La gloria del Señor no fueron los milagros, Su gloria fue que siendo Dios era hombre, y viceversa. Jesús no fue un ser milagroso, Él sólo tuvo la gloria de ser el unigénito del Padre. No esperemos que en este tiempo se nos manifieste el Dios del Antiguo Pacto, aceptemos la manifestación tan normal y orgánica con la que se nos revela el Señor en el Nuevo Pacto. Obviamente Dios hace milagros en este tiempo, pero Él no es los milagros, Él se expresa como tal en Su Cuerpo que es la Iglesia.

Para nosotros los creyentes del Nuevo Pacto es sumamente importante conocer al Cristo-Iglesia. Veamos lo que dice 1 Juan 4:3 *“y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en*

carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo". Muy probablemente habrán sectas que niegan que Jesús haya venido en carne, pero la mayoría de religiones cristianas creen que Jesús nació en Belén en un cuerpo humano. El apóstol Juan no se está refiriendo a la herejía de creer que el Señor "no" vino en carne, lo que sucede es que nuestras traducciones nos dificultan el entendimiento de este versículo, pues, traducen: "... *que Jesucristo ha venido en carne*", cuando debería ser "... *que Jesucristo viene en carne*". La conjugación del verbo "**ha venido**", en este verso, nos da la idea de que fue algo del pasado, cuando en el griego es un Verbo perfecto activo. Los que confesamos que Jesús "**viene**" en carne, somos los que creemos que el Señor se sigue manifestando hasta el día de hoy, a través de los hermanos que conforman las distintas Iglesias locales.

Una persona individualista que cree que lo mejor es estar encerrado en oración buscando a Dios, porque la comunión con los hermanos sólo le trae problemas, es un anticristo. Muchos elogian la actitud de las personas que se apartan de la comunión con los santos, pero

el Señor no se los aplaude, porque hasta el día de hoy Él solo se expresa y se manifiesta en la tierra a través de la Iglesia. El anticristo del que habla el apóstol Juan no es la persona que se tatúa el “666”, ni tampoco un personaje que habrá de venir a poner a todo el mundo en contra de Cristo, esos son “cuentos religiosos”. Es curioso ver que en toda la Biblia, sólo el apóstol Juan utiliza la palabra “anticristo”, y por eso él mismo nos explica que un anticristo es aquella persona que no acepta que Cristo viene en carne, o sea, que Cristo está en la Iglesia. Toda persona que no cree que Cristo es, y está en Su congregación es un anticristo.

Es un principio divino que el Verbo se haga carne, esto debe suceder en nuestro tiempo, y en nuestras Iglesias locales. La manera en la que se da esta unión divino-humana es como cuando Adán dijo: “*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada*” (Génesis 2:23). El sentido de estas palabras no son literales ni aun en el matrimonio, más bien, tienen un sentido subjetivo. Lo mismo es en referencia a Cristo y la Iglesia, por eso el apóstol Pablo dijo: “... *nadie aborreció jamás a su propia carne, sino*

que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efesios 5:29–32).

No tiene sentido que nosotros digamos que somos el Cuerpo de Cristo, si lo que menos hacemos es reunirnos. Sólo las reuniones de Iglesia le dan vigencia al Cuerpo múltiple de Cristo. Si no nos reunimos no hay Iglesias Locales, y si no hay Iglesias locales no hay expresión de Cristo. No tener conciencia de esta verdad es más o menos como que una pareja se case, pero que no se conozcan en la intimidad, ni hablen, ni pasen tiempo juntos; tales condiciones no son las que debe tener un matrimonio sano, son marido y mujer únicamente por un documento, pero en la experiencia dicen lo contrario. Igualmente es en el Señor, no podemos decir que somos la Iglesia si lo que menos hacemos es reunirnos con nuestros hermanos. Todo lo que hemos hablado hasta acá redundará en lo mismo: *“El Señor viene en carne, y le damos expresión a través de*

las reuniones de Iglesia". Reunirnos es de mucho valor y beneficio espiritual, pero esto se eleva potencialmente cuando descubrimos que somos la expresión de Cristo acá en la tierra.

En esto podemos resumir el Plan de Dios: "Cristo y La Iglesia". Una Iglesia genuina es aquella que se dispone a ser la expresión de Cristo en la tierra, y se presta en su lugar geográfico, y en su generación, para que se desarrolle el Plan Eterno de Dios. Suficientes razones tenemos para congregarnos como Iglesias locales, pero aunque tengamos diferencias de edades, razas, culturas, posiciones económicas, y otras cosas más, estemos juntos y en armonía para ser el Cuerpo múltiple de Cristo aquí en la tierra. Hacer de la Iglesia algo diferente a esto es volvernos anticristos, mantengámonos en su oikonomia neotestamentaria y seremos la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. ¡Amén!

El Cristo - Iglesia

S

E

M

A

N

A

—

3

—

La mayoría de personas cuando piensan en una Iglesia, no dejan de enfocar al hombre que está al frente de un grupo “X”. Obviamente, hay hombres que tienen dones muy tremendos, y fundan iglesias basados en su don. Pero debemos preguntarnos: ¿Deber ser el fundamento de la Iglesia el don de una persona?. Yo quiero retarlos a que olviden por un momento todo lo que saben sobre la Iglesia evangélica, y/o de cualquier otra denominación, y en lugar de ello dejemos que la Biblia nos enseñe.

Para tener un parámetro certero de lo que es la Iglesia, nos es necesario regresar a sus inicios, son ya casi veinte siglos de historia desde que el Cuerpo de Cristo surgió en Jerusalén después de la ascensión de nuestro Señor Jesús. La Iglesia empezó bien, en sus inicios fue lo que Dios quería, pero en algún momento de la historia empezó a degradarse, los hombres la

manipularon, cambiaron su naturaleza orgánica y la convirtieron en un sin número de organizaciones religiosas. Si hacemos un viaje de retorno en el tiempo a los orígenes de la Iglesia, inevitablemente nos daremos cuenta que se originó en una persona: Nuestro Señor Jesús. El origen de la Iglesia es Cristo, la Iglesia no se trata de una organización religiosa, se trata de una persona. La Iglesia surgió en el Nuevo Pacto, y el Nuevo Pacto surgió cuando Dios se hizo carne, cuando Él nació en Belén. Dice Juan 1:14 *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...”* Etimológicamente pudiéramos traducir este verso de la siguiente manera: *“Y Aquel Verbo fue hecho carne, y tabernaculizó entre nosotros...”* quiere decir que Cristo vino a ser el nuevo tabernáculo de Dios, ya no más un Templo físico, sino que Dios hizo de Cristo, Su casa. En una ocasión los judíos le dijeron al Señor: *“¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo”.* (Juan 2:18–21). El Señor Jesús nos enseñó que debíamos cambiar nuestra

manera de pensar, nos dijo claramente que Dios ya no buscaba más templos físicos, sino que en el Nuevo Pacto Él era el Templo. En este tiempo hemos abandonado ésta enseñanza del Señor, estamos nuevamente como los judíos, creyendo que el Templo de Dios es un edificio físico.

Hoy en día la mayoría cree que la Iglesia es la institución religiosa a la que pertenecen, pero eso no es la Iglesia; si retrocediéramos 500 años quizás pensaríamos que los “Luteranos” son la verdadera Iglesia, pero tampoco ese movimiento fue la Iglesia; y si fuéramos mil quinientos años atrás probablemente creyéramos que la Iglesia Católica es la Iglesia, pero tampoco a eso le podemos llamar la Iglesia. Al ver la Iglesia en la historia nos desviamos de lo que ella es en esencia, sólo yendo al origen entendemos realmente que la Iglesia no se trata de una organización, sino de una persona.

La verdadera Iglesia es Cristo mismo, hay una unión indivisible entre ellos que no se puede romper. El Señor Jesucristo se amalgamó a la Iglesia eternamente. En la última cena que el Señor tuvo con sus discípulos, "*mientras*

comían, tomó el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:26–28). El apóstol Pablo explica claramente este pasaje en 1 Corintios 10:16 “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? v:17 Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan”. El Cuerpo de Cristo somos nosotros los creyentes, la Iglesia. ¿Podemos separar a Cristo de Su Cuerpo mismo? ¡Imposible! Podemos concluir sensatamente, usando La Escritura, que la Iglesia es la persona misma de Jesús.

Ciertamente el Señor Jesús ascendió a los cielos, pero también cumplió Su promesa que habría de venir como Espíritu vivificante. Él les dijo a los discípulos: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7). Al creer en Cristo, Su Espíritu entra en nosotros, y por lo tanto, nos hace

participantes de Su naturaleza. Antes de ir a la cruz, el Señor sólo tenía un cuerpo “individual”, pero cuando Él ascendió tuvo el poder de volver a descender a la tierra como el Espíritu vivificante, y tomar en sí mismo a todos los que creyeran en Él, en otras palabras, Cristo hizo de todos los creyentes un Cuerpo múltiple.

El apóstol Pablo nos enseña abundantemente en sus cartas que somos el Cuerpo de Cristo; según palabras de él mismo, “*la Iglesia es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*”. (Efesios 1:23). Cristo lo llena todo, ¡sí! porque en el cielo está como un hombre con un cuerpo glorificado que está sentado a la diestra del Padre, pero también ese Cristo está en la tierra en Su Cuerpo múltiple conformado por todos aquellos que creen en Él. No podemos ser livianos a la hora de definir qué es la Iglesia; No podemos decir con simpleza que la Iglesia es el local donde nos reunimos, así sea lo más lujoso que haya en el mundo. Tampoco podemos decir que la Iglesia es un movimiento religioso inventado por hombres. Por muy santos, y por muy buenas intenciones que tengan los hombres, no tienen derecho de usurpar la Iglesia bajo

un “nombre X”. No podemos hacer uso del Cuerpo de Cristo y convertirlo en conceptos humanos. La Iglesia no es de los hombres, la Iglesia es de Cristo; a Él le plugo habitar en los hombres para consolidar por medio del Espíritu Santo Su Cuerpo múltiple aquí en la tierra.

Permítame resumir todo lo dicho anteriormente en el siguiente pensamiento: *“La Iglesia es la extensión y expresión de Cristo en la tierra por medio de los creyentes que Él ha engendrado por Su Espíritu. Cuando los santos están en unidad en el Nombre del Señor pueden vivir la Vida de Iglesia en cada comunidad, y expresar a Cristo mismo”*.

Dios Es Autoridad.

S
E
M
A
N
A
—
4
—

La autoridad es Dios mismo, pero para entender Su autoridad debemos entender Su naturaleza, que es orgánica-corporativa. Una de las razones principales por las que Él nos hizo a Su imagen y semejanza es para que actuemos también de manera orgánica-corporativa. Al leer la Biblia, nos damos cuenta que el Hijo (Cristo) decía que se sometía al Padre, pues reconocía que el Padre era mayor que Él (*Juan 14:28*). Ahora bien, ya en la práctica (si le queremos llamar así) resulta difícil ver quien es más protagónico, pues, el Hijo recibe tanta gloria, y es tan Poderoso como el Padre. No debemos complicarnos en entender estas cosas, solo entendamos que Dios es orgánico, no jerárquico. El Padre y el Hijo no discuten quien es el mayor, pues, no son dos, ni tres dioses, sino “son” Uno.

Nadie puede ejercer la verdadera autoridad de Dios (o Autoridad

Orgánica) si no busca como medio de expresión la Unidad con los hermanos; eso es como que alguien quisiera expresar lo de Dios estando separado de Dios ¡Imposible!. Alguien que está separado del Cuerpo de Cristo nunca podrá ser de beneficio al Cuerpo. Contrario a lo orgánico, la autoridad jerárquica divide y separa; si yo me pongo en un plano jerárquico a decir que soy un “Apóstol”, lo que voy a causar es una división en el Cuerpo de Cristo, y a la vez que divido, me separo del Cuerpo. En la dimensión orgánica, para que yo pueda ejercer autoridad, lo que necesito es estar en unidad con los miembros que conforman el Cuerpo.

Hoy en día cuando se predica de autoridad, lo primero que los “ministros” hacen es pensar en la figura de un “ejército”. Perdónenme pero estoy en contra de esa figura, porque eso no fue lo que el Señor Jesús instituyó en el Nuevo Pacto. La milicia, obviamente les enseña a los soldados a obedecer a sus superiores, y eso es bueno; el problema de aplicar totalmente esta figura a la Iglesia es que ella no es jerárquica, sino orgánica. La milicia se basa en una autoridad jerárquica, les enseña a obedecer a los soldados de una manera piramidal,

siempre viendo a alguien que está por encima, pero la Iglesia no es así, por lo tanto, ese diagrama de autoridad no nos funciona. Muchas veces percibimos la autoridad de Dios, no necesariamente en una palabra dada por los ancianos, sino a través de uno de los miembros más pequeños, a los que igualmente debemos aprender a someternos tanto como a los ancianos. Si la Iglesia tuviera una estructura piramidal, los miembros más aptos serían los militares, pues, ellos aprenden a respetar los rangos de autoridad, pero en la Iglesia no es así.

Yo he conocido a hermanos con grandes talentos, pero chocantes, altivos, teniendo de sí mismos un concepto superior a los demás, ¿cómo puede alguien así bendecir al Cuerpo de Cristo, si lo que expresa hacia ellos es menosprecio? Nadie puede bendecir, ni recibir bendición si no está en unidad con los miembros del Cuerpo. La autoridad orgánica solo se manifiesta en los miembros que están en unidad, es por eso que el Señor oró para que todos llegáramos a ser “uno”, pues, solo siendo uno el mundo conocerá que somos Sus discípulos. Dios y Su autoridad son

indivisibles, al buscar caminar bajo autoridad, automáticamente lo reflejamos a Él.

En el Nuevo Pacto la Iglesia no necesita un esquema jerárquico, eso era propio para el Antiguo Pacto, para Israel, porque ellos eran un país. No mezclemos el Antiguo Pacto con el Nuevo, pues aunque ambos profesan al mismo Dios, Él trató a unos y a otros de diferente manera. En el Antiguo Pacto Dios trató con un país, con una institución; en este tiempo Dios trata con la Iglesia, una entidad orgánica. Los movimientos religiosos aun procuran seguir levantando paladines, buscan entre sus filas a los hombres más aguerridos y sobresalientes; esperan que surja uno entre ellos a la manera que se levantó David en contra de Goliat. Si recordamos, esta historia surgió cuando los filisteos estaban en guerra en contra de Israel. En esa ocasión ambas naciones llegaron al acuerdo de sacar cada uno un paladín entre sus filas para que éstos pelearan entre sí, y el vencedor iba a representar a toda la nación, e igualmente el perdedor iba a hacer que toda la nación fuera súbdita. Ante tal acuerdo los Filisteos sacaron a Goliat, que era literalmente un gigante; e Israel sacó a David, un pastor de ovejas. Note

que la idea de un paladín surgió de los “Filisteos”, no de la mente de Dios; por supuesto, en esa ocasión Dios permitió que David saliera a pelear, y que venciera al gigante, porque Él estaba tratando con una nación, con una entidad diferente a la Iglesia. Nosotros ahora en el Nuevo Pacto ya no debemos conducirnos a la manera de Israel, la razón es obvia, no somos una nación. Las estructuras jerárquicas son necesarias para gobernar una nación, no para gobernar la Iglesia. Hoy en día existen miles de denominaciones protestantes, precisamente, porque estos grupos mezclan el Nuevo Pacto con el Antiguo Pacto, creen que son un “Reino” en miniatura; sus líderes se creen “Reyes”, y los demás se consideran sus súbditos. Ya no tenemos nada que ver con Israel, nosotros somos un Cuerpo, una entidad orgánica. Debemos quebrantar esos deseos diabólicos de esperar que se sigan levantando “paladines” entre las filas de la Iglesia; eso no es lo que necesitamos. Lo que la Iglesia necesita es ser Uno, que todos los miembros estén en unidad, pues, así se levantará entre nosotros “no” un hombre, sino Cristo mismo.

La historia humana nos muestra que todos los seres humanos tenemos una tendencia de convertirnos en héroes, y ver a otros como héroes. Esto lo vemos en todos los ámbitos sociales, en el deporte, en la política, en la ciencia, etc. El sistema religioso no está exento de esta tendencia piramidal, por eso vemos que hay clérigos y laicos, pastores y ovejas, y así, diferentes nombramientos que sólo evidencian una estructura jerárquica, la cual, en lugar de unir, fracciona a la Iglesia.

Al compartirles esta verdad, no estoy diciendo que no deben haber autoridades en la Iglesia, lo que procuro es que botemos este peso jerárquico que nos ahoga, nos divide y evita que nos volvamos orgánicos. Yo como apóstol sé que estoy puesto como una autoridad para las Iglesias, pero no quiero imponerla, más bien espero que ustedes la vean y se sometan voluntaria y orgánicamente. Recordemos que Dios quiere que estemos bajo Su autoridad y que ejerzamos autoridad, pero para ello necesitamos conocer Su naturaleza, sólo así podremos estar en unidad con los miembros que conforman Su Cuerpo.